

COMUNICACIONES

EN EL AÑO MAIMONIDIANO

PERFIL INTELECTUAL E INFLUENCIA FILOSOFICA DE MAIMONIDES

*Si del sabio egipcio
Rabí Moysén
Se recuerda el reino hispano,
bien verá que non en vano
otra Atenas llamé
a Córdoba...*

(“Loores de los claros varones de España”,
de Fernán Pérez de Guzmán, Nueva Bibl. de
Aut. Esp., XIX, 738.)

SI Moisés ben Maimón o Maimónides —nacido en 1135, cuando Córdoba ya no era la gloriosa ciudad de los tiempos anteriores a la conquista almorávide— compendia, no obstante, la riqueza cultural e intelectual de la antigua corte de los Califas, es porque heredó, transformó y transmitió el espléndido mosaico del pensamiento griego, la filosofía islámica y la jurisprudencia talmúdica, en lugar de limitarse a una pasiva aceptación y mera transferencia. El dirigió las corrientes del pensamiento clásico, oriental y de los nacientes países europeos que lentamente se iban formando, al anchuroso río que más adelante se bifurcaría en dos grandes y fructíferas direcciones: una la Teología cristiana, y otra la Ética judaica. En este breve bosquejo nos proponemos trazar a gran-

des rasgos la fuente de dichas dos directrices, contribuyendo con nuestra modesta aportación al homenaje debido en el presente año a la memoria de Maimónides, con motivo del 750 aniversario de su muerte, acaecida el 13 de diciembre de 1204.

Allá en el siglo X, cuando ciudades que en Alemania y Francia más adelante serían famosas eran todavía miserables agrupaciones de tugurios al amparo de los muros de las abadías y castillos medievales, la mencionada ciudad de Córdoba era la mayor de Europa después de Constantinopla. Comprendía, según se cuenta, 200.000 casas, 700 baños públicos, talleres en que trabajaban 13.000 tejedores, así como también armeros y cordobaneros, cuya pericia gozaba de universal renombre. La cultura islámica en Córdoba entraba en una de sus fases más esplendorosas, en tanto que, al Norte, la cristiandad parecía en trance de sucumbir ante las embestidas simultáneas de los sarracenos, vikingos y magiares. España, Portugal y Sicilia eran la sede de una floreciente cultura musulmana, mientras la cristiandad se enfrentaba desesperadamente con poderosos enemigos. Hasta el siglo XIII, pasada la época de las Cruzadas y la catástrofe de las invasiones mongólicas, no empieza la civilización de la cristiandad occidental a elevarse a un plano de relativa paridad con el Islam. El período que se extiende entre el esplendor de Córdoba y el paulatino engrandecimiento de la cristiandad es precisamente el que abarca la vida de Maimónides.

Sería absurdo y hasta una parodia de sublimación heroica suponer a Maimónides como el único que tendió un puente desde Aristóteles y Platón, por encima de los peligros del influjo islámico, hasta Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Sin embargo, el hecho de que una valuación de semejante alcance pueda concebirse pone de manifiesto la relevante influencia ejercida por Maimónides. Separado en el orden cronológico mucho más de Aristóteles que nosotros lo estamos de él, recogió, no obstante, lo mejor de la mente aristotélica y lo adaptó a las necesidades de su tiempo y como solución a los problemas de los siglos subsiguientes. Si es verdad que Santo Tomás hizo más que ningún otro hombre para moldear el pensamiento europeo occidental, tal como ha llegado a nosotros, también lo es que Maimónides transformó el pensamiento de su tiempo y facilitó a Santo Tomás los instrumentos para realizar su empresa.

Cuando Maimónides frisaba en los trece años cayó Córdoba en poder de los almohades, y su familia vióse obligada a errar de ciudad en ciudad por el Sur de España, hasta que fué a establecerse en Fez. En

1165 llegó a la Tierra Santa, también allí hubo de andar errante, y, por fin, fijó su residencia en El Cairo, donde llegó a ser después médico de Alfadil, gran visir de Saladino, y del mismo Sultán. Fué el jefe espiritual de la comunidad judaica de Egipto y logró con sus escritos elevarse al primer puesto en la dirección espiritual de las colectividades judías de su tiempo. Durante su residencia en España hasta el año 1160, compuso una *Introducción a la Lógica*, varios *comentarios talmúdicos* prácticamente desaparecidos, un *Ensayo sobre el Calendario judío* y comenzó su *comentario a la Mishná*, el primer código judío postbíblico, que tardó diez años en terminar. Publicó este último en Egipto el año 1168, en lengua árabe, y tras él un *Libro de los Preceptos* en 1170, su *Carta a los judíos del Yemen* en 1172, y de 1170 a 1180 su *Mishné Torá*, "Repetición de la Ley"; finalmente, en 1190, su gran obra filosófica la *Guía de los perplejos*.

Maimónides ejerció su influencia sobre las dispersas comunidades judaicas por medio de las *Teshubot* o contestaciones escritas de reconocida autoridad legal a consultas específicas para decisiones jurídicas determinadas. La semejanza de esta forma de promulgación legal con la *fatwa* islámica es tan patente que pone de manifiesto la influencia en Maimónides —y a través de él en el curso futuro de la jurisprudencia judaica— del factor islámico, herencia de Córdoba. La gran controversia que se suscitó en torno a la *Mishné Torá* referíase directamente a la aspiración de Maimónides: "He titulado esta obra *Mishné Torá* porque quienquiera que haya leído la Torá escrita y pase después a este libro, no tendrá que estudiar ninguna otra obra intermedia". Esta era una declaración revolucionaria. En la ley judía, más aún que en la islámica, los códigos eran manuales prácticos de referencia para ser consultados, pero de los que podían desentenderse siempre que un exegeta particular hallaba su propia interpretación del texto original y sus glosas. Aun en el mismo Talmud (*Sotah*, 22 a), antes de que Rabí Aqiba efectuara su compilación de las leyes de los Tannaítas, se encuentra una advertencia contra los maestros que formulan conclusiones mediante la cita de preceptos legales sin referencia directa e interpretación inmediata de los hechos en que se fundan. El Gaón Semah y el Gaón Paltói denunciaban tales métodos como "causantes del olvido de la Torá". Así, pues, Maimónides, bajo el influjo de la jurisprudencia musulmana, se atrajo la oposición de todos los partidarios de la antigua, y permanente, tradición, y hubo de ceder ante la tormenta; pero no vivió lo bastante para terminar la referencia completa de cada una

de sus decisiones jurídicas en relación con su fuente, y no consiguió asegurar a su *Mishné Torá* el rango de código definitivo a que aspiraba.

En el terreno filosófico había de tener más éxito. De conformidad con la actitud de Aristóteles en orden a los mitos, emprende un ataque directo contra la aceptación demasiado simple del sentido literal del texto bíblico. "Las Escrituras hablan un lenguaje humano", dice citando al Talmud, y tiende a clarificar los antropomorfismos demasiado crasos de la Biblia con su teoría de los homónimos. La ascensión de Moisés hasta Dios, por ejemplo, cuyo rostro no alcanzó a ver, pero sí a entrever su espalda, significa alegóricamente la ascensión de la humanidad a través de su ignorancia hasta comprender la esencial incognoscibilidad de Dios; Dios no puede ser comprendido en su esencia, pero sus atributos morales guardan relación directa con los módulos morales de la vida terrenal. A este propósito viene a la memoria la afirmación de San Agustín de que "las cosas que se dicen de Dios y de otros seres no se predicán ni unívoca ni inequívocamente, sino analógicamente".

Maimónides hace notar en la tendencia ascética la insatisfacción con lo temporal, así como las limitaciones del cuerpo y el sentido. No circunscribe en esta tendencia el factor "verdad"; pero con asombroso vigor y seguridad de tacto trae en su apoyo la filosofía perenne judaica, que concede su pleno valor al cuerpo y declara que el hombre solamente lo es plenamente cuando se le considera como cuerpo y al par como alma. Así abre el paso —y en ello se descubre la mano del gran médico que fué Maimónides— a todos los modernos descubrimientos de la íntima conexión de lo físico y lo fisiológico con lo psíquico; rinde honor a todas las criaturas de Dios, y realzando de este modo la dignidad de la naturaleza física, el cuerpo, la virtud natural y las naturales actividades, emancipa la naturaleza y al hombre y los entrega a las futuras generaciones como objeto de estudio y simpatía.

La deuda de Santo Tomás con respecto a Maimónides debe reconocerse tanto en la conformidad como en la discrepancia. Pero el vínculo directo en el método del pensar donde mejor se demuestra es quizá en una exposición de la actitud de Maimónides, actitud que quidiera ser reconocida por tomistas como la de un progenitor. Para Maimónides, al igual que para Santo Tomás, el hombre es el punto de convergencia de dos mundos: el material y el espiritual. Estrechamente emparentado con los animales, se encuentra, como éstos, determinado en parte por la herencia y el medio ambiente, por instintos y cambiantes modalidades, por factores físicos y económicos. Pero, dotado de espíritu, es asimismo auto-

reflexivo, puede sustraerse al ciclo de la ciega necesidad, y elevándose mediante el pensamiento por encima de sí mismo, es capaz de regular y dirigir su propia vida conforme a las normas de la verdad que su mente puede alcanzar y que puede ser inducido a buscar por autorizada doctrina. En realidad de verdad, el hombre no es enteramente libre; está ligado por los sentidos, y por eso se mueve con más facilidad cuando las ideas abstractas se revisten de imágenes concretas y pasan por la piedra de toque de la experiencia.

Maimónides consideró todas las cosas coordinadas a su último fin y al hombre rodeado por la Providencia divina con determinados objetivos que lograr en vida y una forma definida de vida que desarrollar. La ética de Maimónides, como igualmente su exégesis bíblica, es intelectualista; tal es, asimismo, la dirección predominante del pensamiento entre los cristianos, los musulmanes y los judíos. Aristóteles fué el maestro de la ciencia, y para ellos, como para él, la contemplación y el buen obrar de ella resultante es el bien más estimable que el hombre puede alcanzar. La contemplación perfecciona nuestra alma a los ojos de Dios. Esta aspiración a ser semejante a Dios no es algo ajeno a la vida, sino, al contrario, el objetivo vital que llena esa vida consiste en el perfeccionamiento del alma, en la realización, por medio de la acción, del arquetipo humano, creado a imagen de Dios.

Los ecos del escolasticismo son claramente perceptibles, como también las repercusiones que se advierten a lo largo de los siglos de uno en otro de los sistemas filosóficos. Espinosa arguye contra Maimónides, pero en esto mismo revela su influencia. Entre los más modernos, a ninguno podría imaginarse más lejos del espíritu de Santo Tomás o de Maimónides que a Wittgenstein, y, sin embargo, también en él encontramos un eco, v. gr., cuando dice: "Der ganzen modernen Weltanschauung liegt die Täuschung zugrunde, dass die sogenannten Naturgesetze die Erklärungen der Naturerscheinungen seien... Die Alten sind allerdings insofern klarer als sie einen klaren Abschluss anerkennen, während es bei dem neuen Systemsheinen soll, als sei *alles* erklärt" ¹.

N. D. A. Baum
(Trad. por D. G. M.)

1. "Toda la moderna visión del mundo se basa en la ilusión de que las llamadas leyes de la naturaleza sean explicaciones completas de los fenómenos naturales... Los antiguos mostraban por lo menos mayor clarividencia al reconocer un límite (a la explicación), en tanto que el sistema moderno pretende dar la sensación de que *todo* está explicado."